JACINTO BENAVENTE

Premio Nobel de Literatura de 1922.

EL HIJO DE POLICHINELA

COMEDIA EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Lara, de Madrid, la noche del 16 de abril de 1927.



Printed in Spain.

Administración de las obras teatrales
de JACINTO BENAVENTE
Mesón de Paredes, 6 y 8, 2.º — Horas: de dos y media a cinco.
1927

EL HIJO DE POLICHINELA

JACINTO BENAVENTE

Premio Nobel de Literatura de 1922.

EL HIJO DE POLICHINELA

COMEDIA EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Lara, de Madrid, la noche del 16 de abril de 1927.



Printed in Spain.

MADRID

LIBRERÍA Y CASA EDITORIAL HERNANDO (S. A.)

Calle del Arenal, núm. 11.

1927

Madrid. — Imp. de la Lib. y Casa Edit. Hernando (S. A.), Quintana, 31.

REPARTO DEL PRÓLOGO

PERSONAJES	ACTORES
LA PARTERA....................	SRA. ARMISEN.
LA CRIADA....................	SRTA. CUEVAS.
POLICHINELA..................	SR. ISBERT.
EL AMIGO....................	SR. GONZÁLVEZ.

REPARTO DE LA COMEDIA

PERSONAJES	ACTORES
JULIA........................	SRA. GELABERT.
ISABEL........................	SRA. CATALÁ.
CLOTILDE.....................	SRTA. ORTÍN.
DOÑA FELISA..................	SRA. ALBA.
DON ADRIAN..................	SR. THUILLIER.
MANUEL......................	SR. SOLER-MARI.
ELOY.........................	SR. GRASES.
DON BERNARDO...............	SR. CÓRDOBA.
MUÑIZ........................	SR. BALAGUER.



PRÓLOGO

Sala en casa de Polichinela.

POLICHIN. *(Se pasea muy agitado.)* ¡Qué atrocidad! ¡Ni que la estuvieran matando! ¡No puedo oírla! Ya se ha callado. ¿Habrá sido ya? Voy a ver. *(Entra la criada.)* ¿Hay novedad?

CRIADA. No, señor. Como la señora es primeriza... Aunque dice la Partera que viene muy bien, que no parece el primero.

POLICHIN. Pues lo es, y la Partera no es quién para opinar en cuestión tan delicada.

CRIADA. Ella no lo ha dicho en ningún mal sentido, señor. Quiso decir que el parto viene muy bien, y que parece chico.

POLICHIN. ¿Chico?

CRIADA. Sí, señor. ¿No era lo que usted quería?

POLICHIN. Pero ¿cómo sabe esa mujer que es chico?

CRIADA. Que sé yo, señor. La costumbre será; digo yo.

POLICHIN. Bueno, anda, anda allá dentro, no te necesiten.

AMIGO. *(Entrando.)* ¡Hola! ¡Hola! Ya me han dicho que tu mujer está...

POLICHIN. Sí, tres horas llevamos.

AMIGO. Pero ¿viene bien?

POLICHIN. Creo que sí.

AMIGO. Claro, lo difícil es el primero.

POLICHIN. Pero como éste es el primero.

AMIGO. Bueno, el primero después de casados; pero los chicos no entienden de formalidades, y para el caso éste es el segundo.

POLICHIN. El primero de mi matrimonio. Y ahí tienes lo que son las cosas: con matrimonio y todo, estaba más seguro del primero que de éste.

AMIGO. ¿Seguro de qué?

POLICHIN. De que sea mío.

AMIGO. ¡Hombre, Polichinela! ¿Por qué no ha de serlo? ¿Dudas de tu mujer?

POLICHIN. Si el chico no saca mi joroba y mis narices; si no sale a mí...

AMIGO. Puede salir a su madre.

POLICHIN. No me fío del parecido a su madre.

AMIGO. ¿Y si fuera chica? Sería horrible que saliera a ti.

POLICHIN. Es verdad; y si fuera chico también. ¡Qué horrible situación! ¡No sé qué desear! Por un lado, deseo que se parezca a mí; por otro, no quiero que se parezca... Si es tan horrible como yo, tan odioso como yo... Porque yo he sido odioso a todo el mundo... Con mi joroba, con mi nariz... ¡Hasta mis padres se avergonzaban de mí! Una vez que estuve muy malito de niño, yo oí que mi madre decía: «No quiero que se muera, aunque va a ser muy desgraciado.»

AMIGO. Pero no has sido desgraciado. Tienes mucho dinero.

POLICHIN. ¿Y qué podía yo hacer en el mundo más que eso? ¡Dinero!... ¿Pero qué significa el dinero? ¡Odios acumulados; maldiciones que han caído sobre mí!

AMIGO. Porque tú quieres. Dedícalo a buenas obras.

POLICHIN. Cuando se tiene mucho dinero, por muchas que se hagan, siempre parecen pocas y siempre parecen mal hechas; y ya que murmuren, que murmuren de balde.

AMIGO. Tú siempre has sido un poco egoísta.

POLICHIN. Un poco, no; muy egoísta. ¡Mucho! Lo sé; pero no creas que no cuesta ser egoísta; hay que aparentar que se quiere a mucha gente, a la que se odia con

toda el alma; pero necesita uno de ella: la mujer, algún amigo, los criados....

AMIGO. Gracias por la franqueza. ¿Soy yo de esos amigos?

POLICHIN. No, tú eres un infeliz y sé que no me odias. A ti casi te quiero; vamos, no me importa tener que quererte. Pero los otros..., a mi mujer... ¡Si me diera el alegrón de morirse de sobreparto!...

AMIGO. Eso no lo sientes. Si se muriera, la llorarías.

POLICHIN. Claro que la lloraría. Saber llorar importa mucho en este mundo, y no debe despreciarse ninguna ocasión de aparentar que se es muy desgraciado.

AMIGO. ¿Por qué?

POLICHIN. Porque así te odian menos, te compadecen un poco y te atienden algo.

AMIGO. Ahora este hijo te curará de tu egoísmo. El otro vivió tan poco, que no pudiste saber lo que es el amor de padre.

POLICHIN. Es verdad, no tengo una idea. Ya lo ves, todo me contraría. Pienso que el chico puede parecerse a mí, y pienso que no puede parecerse... No sé en dónde estaría mi mayor orgullo, si en decir: «Es como yo, es como su padre», o en decir: «A pesar de ser hijo mío, es hermoso; tengo un hijo hermoso.» No sé, no sé... Algo así les debe pasar a los negros que se casan con una mujer blanca. ¿Cómo han de ser sus hijos? Si son negros como ellos, padecerán la humillación de su raza; si son blancos, primero la duda de si serán suyos; después, pensar que tal vez se avergüencen al verse blancos, de tener al padre negro, de no poder negar nunca la procedencia. Mi joroba, mi nariz, me horrorizan y las quisiera para mi hijo; pero también le quisiera hermoso, muy hermoso...

PARTERA. *(Se presenta con un chico en una bandeja.)* Señor Polichinela, ya llegó. Aquí lo tiene más hermoso que un sol.

POLICHIN. ¿Hermoso? ¡No quiero verlo, no quiero verlo!

PARTERA. Todo a su padre.

AMIGO. Sí, todo a ti, todo a ti.

POLICHIN. Entonces no puede ser hermoso. ¡Pobre hijo mío!... Pero me alegro, me alegro. *(Mirando al chico.)*

AMIGO. ¡Siempre egoísta!

POLICHIN. Sí; quisiera que fuera hermoso, y prefiero que se parezca a mí. Mírale: mi nariz, mi joroba. ¡Polichinela como yo! ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

FIN DEL PRÓLOGO



ACTO PRIMERO

Sala modestísima. Es de noche.

ESCENA I

ISABEL y CLOTILDE, cosen; MANUEL, escribe a máquina, y JULIA.

JULIA. *(Entrando.)* Ya se ha dormido.

CLOTILDE. Poca guerra te ha dado esta noche.

JULIA. ¡Gracias a Dios!; no por mí, que estoy bien acostumbrada; pero aquí, por ustedes, por Manuel, sobre todo, no quisiera que se le oyese. Menos mal que la criatura desde que estamos aquí parece como si pudiera hacerse cargo y llora menos que de costumbre. Y perdona, Manuel, que mi hijo no llora, pero yo hablo, hablo y te molesto.

MANUEL. No.

JULIA. Perdona. ¿Tienes mucho que copiar todavía?

MANUEL. Un poco.

JULIA. ¿No quieres que te ayude? Déjame; ya sabes que no me doy tan mala maña.

MANUEL. Ya lo sé.

JULIA. Entonces permíteme la ilusión de que no soy del todo inútil en esta casa.

MANUEL. Está bien. Te dejo.

JULIA. Gracias, Manuel, gracias. ¡Me das una alegría!...

MANUEL. Lo sé; para ti una alegría y para mí un descanso. ¡Alegría más fácil!... ¡Si a tan poca costa pudiera darte muchas!...

JULIA. Algo más que alegrías te debo, y no a tan poca costa; que bien sé cuánto vale lo que has hecho por mí y por mi hijo.

MANUEL. ¿No ibas a trabajar?

JULIA. Sí, sí; no me riñas. *(Pausa. Suena un timbre.)*

ISABEL. ¿Quién será a estas horas? Que no abra sin mirar la muchacha.

CLOTILDE. Voy a ver. *(Todos escuchan.)*

MANUEL. *(Con sobresalto al oír una voz dentro.)* ¿Eh?... ¿Quién?...

ISABEL. ¡Vuestro padre!

JULIA. Don Adrián.

MANUEL. *(Dirigiéndose a la puerta como para impedir que alguien entre.)* ¡Oh!...

ISABEL. *(Deteniéndole.)* ¡Por Dios, Manuel!, es tu padre, no olvides que es tu padre; por lo que más quieras, por la memoria de tu madre. Ya ves si yo tengo que perdonar y perdono.

ESCENA II

DICHOS y DON ADRIÁN, que aparece acompañado de CLOTILDE.

ISABEL. *(Yendo hacia él.)* ¡Adrián!...

D. ADRIÁN. *(Abrazándola.)* ¡Isabel!... ¡Mi Isabel!...

ISABEL. ¿Por qué vienes así? ¿Por qué no me has escrito antes? ¿Por qué no me has avisado?

D. ADRIÁN. ¿Qué iba a escribir? ¿Qué iba a decirte? No hubiera querido venir. Ya sé que mis hijos me odian.

ISABEL. Eso no, Adrián.

D. ADRIÁN. He venido por ti, sólo por ti, y eres la única en esta casa que podría acusarme, la única que tendría razón

para ello. Contigo sí, contigo he sido un miserable; un miserable, sí, un miserable. Te hice creer que yo tenía una posición. Cierto que cuando te conocí esperaba conseguirla, era seguro. Consentiste en ser mi mujer, me confiaste con generosidad, que nunca sabré agradecerte, la administración de tus bienes... En mis especulaciones desgraciadas se perdió todo; fuí víctima de amigos traidores, me vendieron, me explotaron, parecí yo el único responsable de todo. ¡Ah, si no se hallara alguna vez en la Tierra un anticipo de la Justicia Divina!... No, no seré yo quien reniegue de la justicia de los hombres. Cierto que mi inocencia había de resplandecer sobre todas las sombras que la perfidia y las malas artes de gentes sin conciencia habían acumulado sobre mi frente, y así ha resplandecido por fin, y aquí estoy, y puedo levantar mi frente. *(A Manuel.)* ¿Has oído? Puedo levantar mi frente. *(Manuel permanece impasible. A Isabel.)* ¿Tú lo ves? Es mi hijo, mi hijo, y aún no ha abrazado a su padre, aún no ha tenido para él una palabra... de humanidad, no digo de cariño. ¡Humanidad, señor, humanidad!

MANUEL. *(Conteniéndose a duras penas.)* ¡Hasta cuándo!... ¡Hasta cuándo!... ¡Así toda la vida! Yo creí que esta vez ya no tendrías valor para presentarte ante nosotros ni ante esta pobre mujer a quien has engañado para arruinarla, para volver loca a su pobre madre, esa infeliz señora que pasea por esta casa sus desvaríos, y ella es la única feliz en esta casa. No, yo no creí que volverías; porque no se vuelve cuando se viene de donde tú vienes.

D. ADRIÁN. ¡De donde yo vengo!... ¿Oyes, mujer?... Estos son los hijos; alégrate de que no sean tuyos, alégrate de no haberlos tenido nunca. ¡De donde yo vengo!... Vengo absuelto, ¿lo oyes? Vengo inculpado. *(Buscando por los bolsillos.)* Aquí está el veredicto, el informe, aquí están... No, no es esto, no está aquí nada; todo está en poder de mi abogado. Preguntadle, preguntadle a

mi abogado. Hoy mismo me abrazaba llorando al verme libre, y me decía: «En los veintinueve años que ejerzo mi profesión no he visto injusticia semejante.» Y ahora digo yo: ¿Por qué no se ha consumado la injusticia? ¡Todo antes que verme afrentado por mis hijos!

CLOTILDE. No, padre, no.

D. ADRIÁN. Por ti no digo; al fin eres mujer; pero tu hermano... Ya le has oído, ya le ves.

CLOTILDE. ¡Es que ha sido tanta nuestra tristeza!..., y Manuel ha padecido más que nadie. Él tenía que oír a unos y a otros.

ISABEL. Sí, Adrián, tienes que disculpar a Manuel. Ha estado a punto de perder su empleo. Tú sabes lo que es un establecimiento de crédito: por la menor sospecha se prescinde de un empleado, ¡y la gente es tan mala!... Muchos creían que Manuel... Tan bueno, tan honrado... Ya lo ves, yo quise haber dejado esta casa con mi pobre madre, no quería ser una carga pesada para tu hijo, y no lo ha consentido, y aquí estamos, y aquí está Julia también con su hijo, y él sólo nos ha defendido y nos ha amparado a todas, pobres mujeres, que bien poco podíamos hacer por él. Es un santo Manuel, un santo. Un hijo no hubiera hecho más por mí. Tienes que disculparle.

D. ADRIÁN. Sí, sí; pero es muy triste, muy triste... Aunque yo fuera lo que él cree, lo que él debiera ser el último en creer, un criminal, el hombre más despreciable, más indigno, él debía pensar que quién sabe si por ser yo así puede él ser ahora como es. Yo no he tenido nunca en la vida quien hiciera por mí lo que yo he hecho por él. Ellos no pueden acordarse, eran muy niños. Cuántas noches al irlos a acostar su madre, se abrazaban a ella llorando: «Si no hemos cenado, ¿por qué nos acuestas sin cenar? Tenemos hambre.» ¡Y yo..., yo vivía!... ¡Sólo Dios y yo sabemos cómo vivíamos!... Yo nací en lo más pobre de esa desventurada clase media española. Mi padre no pudo

darme una carrera, y entonces un oficio era algo afrentoso en nuestra clase; había que ser señorito aunque no se comiera. No había más solución que el destinillo, el expediente, la trampa. Entre unas cosas y otras, según los tiempos, he podido defenderme yo en la vida con mi mujer enferma y mis tres hijos, y que digan ellos si han tenido que volver a decirme «Tenemos hambre», si han carecido nunca de nada, si no han podido presentarse con dignidad en todas partes. No hablo de Eloy, porque ése ya ves; educado lo mismo que éstos y de nada ha servido. Ése sin duda quiere Dios que, para ser mi castigo, sea mi espejo. Pero vosotros, pero tú, mi Manuel, mi orgullo, mi disculpa..., piensa si no es triste que seas tú el que me acusa, y piensa si te quiero, que hasta el verme acusado por ti es para mí un orgullo. «A pesar de ser mi hijo, es honrado», me digo, y al decir «a pesar», creo, déjame creerlo, que si has podido ser tan honrado es quizás porque yo no lo he sido.

ISABEL. ¿Lo ves? ¡Llora! Si es muy bueno.

D. ADRIÁN. Sí, lo sé. ¿No he de saberlo?

ISABEL. Vamos, abraza a tu padre. *(Manuel y don Adrián se abrazan.)*

D. ADRIÁN. *(Serenándose.)* Está bien, está bien. No se hable más. ¡Tenemos que pensar tanto!... *(A Manuel.)* Tú dispones, tú mandas. ¿Qué quieres? Yo me iré con Isabel en cuanto pueda. Me permitirás que aún estemos aquí unos días; tengo que resolver asuntos.

MANUEL. Me dan miedo tus asuntos.

ISABEL. Vamos, Manuel...

MANUEL. Puedes estar aquí cuanto quieras, es tu casa; pero, ¡por Dios!, que esta casa no sea agencia de negocios; esos negocios tuyos y de tus amistades; que nadie pueda creer que yo soy cómplice en ellos, como han podido creerlo.

D. ADRIÁN. ¡Mis negocios!... ¿Qué sabes tú? ¡Si juzgas por las apariencias!... No hay negocio que no tenga siempre dos aspectos.

MANUEL. Sí, por desgracia, algunos hay que tienen siempre dos aspectos: estafa o robo.

D. ADRIÁN. Está bien, está bien. Pues yo te juro que en esta ocasión, en que he podido parecer más culpable, he sido el más inocente.

MANUEL. Es posible, ¡de tales personajes te rodeabas!... Mira, ahora ya no puedes tener la disculpa de tus hijos; vivimos pobremente, pero vivimos. Yo, además de mi empleo, he conseguido otros trabajos; Clotilde se ha colocado en un comercio; Isabel, la pobre, bastante tiene con atender a su madre y atender la casa; Julia nos ayuda también lo que puede; resígnate a vivir como vivimos todos.

D. ADRIÁN. Sí, estoy resignado, vencido; me doy por vencido. ¡Cayó Napoleón y era un genio! ¡Yo que sólo he sido un hombre trabajador!...

MANUEL. No desvirtúes el valor de la palabras. Si te hubieras aplicado a cualquier trabajo con la constancia que a tus combinaciones, enredos y trapisondas de todas clases, no tendríamos hoy por qué avergonzarnos todos.

D. ADRIÁN. ¡Quiera Dios, hijo mío, quiera Dios!...

MANUEL. ¿Qué?...

D. ADRIÁN. Que la vida te permita siempre creer en el valor de tu honradez.

MANUEL. Dios lo quiera; pero estoy seguro de que no será ambición de dinero lo que ponga ese valor en peligro.

D. ADRIÁN. No es todo dinero en este mundo. ¡Se puede dejar de ser honrado por tantas cosas que nada tienen que ver con el dinero!... Vas a reírte si te digo que yo he leído algunos libros místicos, y no recuerdo en cuál, hace tiempo, no lo he olvidado, leí que más cerca está de Dios el pecado humilde que la virtud orgullosa. *(Pausa.)* ¿De modo que Julia está aquí con vosotros? ¿Desde cuándo?

ISABEL. Desde hace tres meses. Eloy desapareció de Madrid; nada se sabe de él.

D. ADRIÁN. ¿Tuvisteis algún disgusto?

JULIA. Los disgustos no hubieran sido razón, porque los disgustos eran sólo para mí siempre.

D. ADRIÁN. ¿Entonces tú no sabes?... ¿No dejó carta ni nadie ha dicho?...

JULIA. No.

D. ADRIÁN. ¿Y el niño?

JULIA. Muy hermoso. Ya empieza a hablar.

D. ADRIÁN. Tú estás guapísima a pesar de los disgustos. Aquí siquiera estarás tranquila. No quisieras que volviera Eloy, ¿verdad?

JULIA. Es el padre de mi hijo.

D. ADRIÁN. Mal padre como yo, ¿verdad?

JULIA. No, usted no es como él; usted en el fondo es bueno. Yo le he querido a usted siempre.

D. ADRIÁN. Gracias, nena. Sí, ese Eloy desde chico tuvo mala índole. ¿Por qué te enamoraste de él?

JULIA. Porque él se enamoró de mí, y cuando los hombres están enamorados nunca parecen lo que son.

D. ADRIÁN. Sí, a la hora del amor los hombres como los animales nos vestimos de pieles más lustrosas, de plumajes más vistosos. *(Doña Isabel, que ha salido poco antes, vuelve con una bandeja con platos con algunas viandas.)* ¿Qué has traído ahí?

ISABEL. Para que tomes algo.

D. ADRIÁN. No, si he comido bien; de veras, no tengo ganas. Un cigarrito sí. *(A Manuel.)* ¿Tienes un cigarrito? Y café, si me hacéis un poco de café.

JULIA. En seguida. Vamos, Clotilde. *(Salen Julia y Clotilde.)*

ISABEL. Tu habitación está como la dejaste. ¿Quieres verla?

D. ADRIÁN. Luego, mi Isabel. ¡Qué buena eres! Todos sois buenos; no os merezco. ¿Y tu madre? ¿Sigue lo mismo?

ISABEL. Lo mismo; pero nadie más feliz que ella en su locura. La pobre, que vivió toda su vida con la mayor economía, privándose de todo, soñando con reunir un capital que la permitiera, como ella decía, disfru tar por fin de este mundo, ahora que nada tiene, se

cree rica, se figura que viaja, que asiste a teatros y a fiestas...

D. ADRIÁN. ¿Siempre tranquila?

ISABEL. Siempre. Con dejarla disparatar sin contrariarla en sus figuraciones.

D. ADRIÁN. Felices los que, como ella, traspasan en su vida la línea imperceptible que separa la razón de la locura. Como a una fiera llevamos todos enjaulada la verdad de nuestra vida; jaula que sólo rompe la locura y sólo la muerte abre.

(Vuelven Julia y Clotilde con la máquina de café, taza, azucarero, etc.)

JULIA. Aquí está el café preparado. Enciende, Manuel.

ISABEL. ¿Pero de verdad no quieres tomar nada?

D. ADRIÁN. Una galleta. Pero todos trabajabais cuando he llegado; no dejéis de hacer nada por atenderme.

MANUEL. Vuelvo a escribir.

JULIA. No, Manuel, era yo. Tú ya has trabajado bastante.

MANUEL. No, déjame ahora; es mejor, necesito distraerme con mi trabajo, no pensar en nada.

JULIA. Si es por eso... ¿Sientes que haya venido tu padre?

MANUEL. ¿No es para sentirlo? ¿Tú crees que con él puedo yo tener tranquilidad?

JULIA. Todos somos a darte preocupaciones y disgustos; eres demasiado bueno, debías ser más egoísta, prescindir de todos, de todos, y no pensar más que en ti.

MANUEL. No pensar más que en ti... Digo, no pensar más que en mí... Repetí sin pensar lo que tú decías... ¡No pensar más que en mí!

JULIA. Eso, no pensar más que en ti.

D. ADRIÁN. Buen café, bueno.

JULIA. Es el único regalo que Manuel se permite, y yo me encargo de que el café sea bueno y de que esté bien hecho.

D. ADRIÁN. Sí, señor; buen café, muy bien hecho. No tendrá Manuel queja. Voy a servirme otra tacita; se coge a deseo.

ESCENA III

DICHOS y DOÑA FELISA.

D.ª FELISA. *(Dentro.)* ¿Qué sucede? La hora del tren y sin recoger los equipajes. Nos quedaremos otra vez en Madrid. ¡Qué servidumbre!

D. ADRIÁN. Doña Felisa.

ISABEL. Sí, con la ilusión de sus viajes.

(Aparece doña Felisa vestida como para viaje, con prendas anticuadas y fantásticas, sin llegar al ridículo.)

ISABEL. *(A Clotilde y Julia.)* Llevaosla como podáis.

CLOTILDE. *(Deteniendo a doña Felisa.)* Vamos, doña Felisa. Ya está el equipaje en la estación, nos espera el auto; vamos cuando usted quiera.

D.ª FELISA. No, no; ya sé que todos queréis engañarme. No me engañáis. Voy a poneros a todos en la calle. Ni una doncella para vestirme... ¿No estaba aquí el marqués? Le he oído hablar.

JULIA. Vamos, doña Felisa.

D.ª FELISA. Dejadme, dejadme. Pues no tenía yo ganas de ver al marqués. *(Saludando a don Adrián.)* ¡Marqués!...

D. ADRIÁN. ¡Doña Felisa!...

D.ª FELISA. ¿Cuándo ha llegado usted? ¿No estaba usted en la Costa Azul o en Los Ángeles de California?... ¡Los Ángeles del Cielo!... Allí está también María Isabel con su esposo... ¿No sabía usted que mi hija se había casado? Muy buena boda... Siempre están de viaje... No hay nada como viajar; viajar es vivir... Ahora se viaja con el pensamiento; no se corre, se vuela... ¿Pero qué idea le ha dado a usted de venir a este Hotel? No vale nada; me han engañado... Yo salgo para la Costa Azul esta misma noche. ¿Por qué no me acompaña usted?

D. ADRIÁN. Con mucho gusto, doña Felisa; con mucho gusto la acompañaría a usted en todos sus viajes.

JULIA. Vamos, doña Felisa, vamos de aquí; el marqués la acompañará a usted en seguida; aquí molestamos al príncipe, que está trabajando.

D.ª FELISA. Si es príncipe, ¿quién le manda trabajar? ¿Quién les ha dicho a ustedes que sea príncipe? Ya estoy harta del príncipe... Que el príncipe quiere esto, que el príncipe manda lo otro... Diga usted que la verdad de todo es que está usted enamorada del príncipe.

JULIA. Vamos, doña Felisa, vamos; hay que tomar el tren.

D.ª FELISA. No me engañáis, no me engañáis; eso es, enamorada, enamorada. ¡Si sabré yo lo que es estar enamorada! *(Clotilde y Julia se llevan a doña Felisa, que sigue hablando.)*

ISABEL. Como éstos son siempre sus disparates.

D. ADRIÁN. ¡Sus disparates, sus disparates!... ¡Terrible cosa es la locura!

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es de día.

ESCENA I

JULIA, planchando un traje de hombre; después, ISABEL.

ISABEL. *(Sentándose.)* Qué cansada estoy; no puedo más.

JULIA. Ya la he oído a usted bregar con doña Felisa toda la mañana.

ISABEL. Hoy está más desatinada que nunca. Gracias a Dios que la he dejado más tranquila revolviendo cartas y papelotes. Muchas calamidades puede mandarnos Dios para probarnos en este mundo, pero como esta de ver trastornada a una persona querida... Lo más triste es que a fuerza de oírla disparatar sin concierto llega una a no darse cuenta de que sea la misma persona que se ha tenido siempre al lado, y hasta parece como si se le perdiera el cariño, y tiene una siempre el remordimiento de que acaso no hace todo lo que debiera hacer.

JULIA. ¡Por Dios, doña Isabel, si vive usted sacrificada!

ISABEL. Por mí nada me importa, pero por Manuel, que ninguna obligación tiene de soportar los disgustos que entre todos le ocasionamos...

JULIA. Manuel no se queja nunca.

ISABEL. Ya lo sé; razón de más para no poner a prueba su bondad y su paciencia. Tú muy atareada desde muy temprano.

JULIA. Arreglando este traje de Manuel. Va a quedar flamante. ¡Pobre!... No quería ponerse el nuevo para ir a la oficina y éste estaba ya que era una vergüenza. Por fortuna, lo único que yo he podido aprender al lado de Eloy ha sido esto de repasar y componer prendas de hombre; porque en casa podíamos no comer, podía yo no tener zapatos que ponerme, podía estar desnudito nuestro hijo, pero el señor había de ir siempre hecho un paquete.

ISABEL. Como su padre, hasta ahora, que le desconozco, y eso me hace comprender cómo anda.

JULIA. ¿Hasta ahora dice usted? ¿No le ha visto usted esta mañana?

ISABEL. ¿A quién?

JULIA. A don Adrián. Elegantísimo: un traje nuevo muy perfilado. Ya verá usted, ya verá usted.

ISABEL. ¡Dios mío!

JULIA. ¿Se asusta usted?

ISABEL. Sí, todo me asusta: malo si comprendo que no tiene dinero, y si presumo que pueda tenerlo, peor todavía.

JULIA. Pues sí, sí debe tener dinero, porque mire usted, me ha regalado esta plancha eléctrica. Me oyó decir que me gustaría tener una para planchar la ropa, y esta mañana muy temprano se presentó con el regalo. Estoy contentísima.

ISABEL. No, si más atento y más generoso... ¡Lástima de hombre!... ¡Pero, por Dios!, que no vea Manuel el regalo, no le digas nada; Manuel se aterra cuando sabe que su padre está en fondos; es para asustarse; como si supiera las visitas y las cartas que recibe todos los días. Yo no he querido decirle nada, pero temiendo estoy que llegue a enterarse.

JULIA. Dice usted bien. ¡Lástima de hombre!... Porque ¿verdad que don Adrián es muy simpático?... Que le voy

a decir a usted, cuando se casó usted con él, y que usted le quiere a pesar de todos los disgustos que haya podido darle a usted.

ISABEL. Sí le quiero, y mira lo que son las cosas, si te dijera que antes de casarme con él no le quería tanto... Yo no pensaba ni quería volver a casarme; no es que hubiera sido desgraciada en mi primer matrimonio; pero estábamos tan a gusto mi madre y yo solas con nuestra tiendecita, un negocio tranquilo que nos daba para vivir; teníamos, además, nuestros ahorros, un capital muy decente. Si te dijera que fué mi madre la que se deslumbró con Adrián. A mi pobre madre, con ser de clase muy humilde, le dió siempre por el señorío, por la aristocracia; ha sido de esas madrileñas castizas de la clase media que cuando hay baile en una casa aristocrática se van a la puerta a ver entrar a los convidados, y para ella no había fiesta mejor que una capilla de Palacio. Adrián la deslumbró, ya te digo; más consentí en casarme por complacer a mi madre que por mi gusto. Después ella ha sido la primera en padecer las consecuencias de su equivocación. Cuidado que Manuel, cuando se enteró de que su padre me pretendía, se presentó en nuestra casa y nos advirtió que estábamos muy engañadas; pero creímos que si daba aquel paso no era por favorecernos, sino por el disgusto que es siempre para los hijos que sus padres vuelvan a casarse: padrastros y madrastras son siempre aborrecibles. Por desgracia, Manuel no nos había engañado.

JULIA. También a mí me advirtió de lo que era su hermano, y tampoco le hice caso. Claro es que entre don Adrián y Eloy no hay comparación.

ISABEL. No, no la hay. A pesar de todo, don Adrián no es peligroso más que para el dinero; con las personas no puede ser mejor. Y Eloy sí es malo: el hombre que abandona a su mujer y a su hijo como él os ha abandonado, es capaz de todo. De Eloy no me sorprendería nada. Lo mejor que puedes desear es que no vuelva

a acordarse de ti ni de tu hijo, no volver a encontrarlo en tu vida.

JULIA. Sí, sería lo mejor. Pero yo tengo que resolver algo; no puedo, no debo estar aquí siempre.

ISABEL. Eso sí.

JULIA. ¿Y dónde puedo yo ganarme la vida con mi hijo?

ISABEL. Es difícil; pero puedes dejar a tu hijo con Clotilde; Clotilde no es fácil que se case: el novio que tenía, un buen muchacho, cuando ocurrió lo que ocurrió fué distanciándose poco a poco, y nadie, ni la misma Clotilde se atrevió a preguntarle el motivo. ¡Era tan natural! Será todo lo injusto que se quiera, pero es muy humano: las faltas de los padres caen sobre los hijos; no hay que pedir a nadie heroísmos de que tampoco nosotros seríamos capaces.

JULIA. Sí, sí, tengo que pensar en algo, tengo que resolver mi situación, esto no puede ser; Manuel ha hecho ya demasiado.

ESCENA II

DICHOS y DON ADRIÁN, elegantísimo, con un traje nuevo de americana, chaleco de fantasía, guantes, una flor en el ojal y una gran carpeta debajo del brazo, como un hombre de negocios a la norteamericana.

D. ADRIÁN. ¡Felices!...

ISABEL. *(Sin poder contenerse al verle.)* ¡Jesús!...

D. ADRIÁN. ¿Qué te sorprende? No en balde ha resplandecido la justicia: vuelvo a ser el que era y seré lo que debí ser antes de ahora. En la puerta he dejado a un muchacho que trae unas compras; hazte cargo de todo. Dale esta pesetilla.

ISABEL. ¿Compras?

D. ADRIÁN. Golosinas: *friandises, delicatessen*. Escuela Berlitz.

ISABEL. ¿Estás de buen humor?

D. ADRIÁN. Optimismo que no pierdo nunca y que nunca me falta. Anda, anda. *(Sale doña Isabel. A Julia.)* ¿Qué tal se porta el artefacto?

JULIA. A maravilla. ¡Qué limpieza y qué comodidad! Ha quedado el traje de Manuel como si viniera de la sastrería.

D. ADRIÁN. No tendrá queja Manuel, no tendrá queja; bien te desvives por atenderle.

JULIA. Todo lo que hiciera por él sería poco.

D. ADRIÁN. Inescrutables son los designios de la Providencia. Nadie sería desgraciado en la vida si viera que la felicidad no existe, en efecto, de ningún modo; lo malo es que la felicidad existe, la vemos, a veces muy cerca de nosotros, lo que sería nuestra felicidad, pero siempre está en poder de otros, y lo más triste es que para ellos no es la felicidad.

JULIA. ¿Lo dice usted?...

D. ADRIÁN. Yo sé por qué lo digo y tú también lo sabes; lo sabes, porque has tenido que pensar sin querer, como se piensan tantas cosas que son las que de verdad pensamos; porque lo que decimos pensando quiero decir esto y lo que pensamos pensando quiero pensar esto, son las engañifas con que nos disfrazamos por el mundo para engañarnos uno a otros.

JULIA. Lo que sabe usted, don Adrián.

D. ADRIÁN. Por viejo y por diablo, figúrate si sabré.

JULIA. ¿Y qué cree usted que yo he pensado sin querer pensarlo, como usted dice?

D. ADRIÁN. Que si en vez de Eloy hubiera sido Manuel tu marido...

JULIA. No, eso no lo he pensado nunca; cuando conocí a Eloy, porque no conocía a Manuel, y ahora que le conozco, porque ya no puedo pensarlo. Para que no lo piense nadie quiero irme muy pronto de esta casa; en eso si que pienso a todas horas.

D. ADRIÁN. ¡Ya! Que es un modo de pensar en lo otro sin querer pensarlo. *(Julia se echa a llorar.)* ¿Qué te pasa?... ¿Vas a llorar?... ¡Vamos!... ¿Por qué?... Si yo no me asusto de nada.

JULIA. Usted no, es natural.

D. ADRIÁN. Vamos, perdona, y haz cuenta que nada te he dicho.

Tal vez no lo creas; pero ¡qué no daría yo por verte dichosa!...

JULIA. Eso sí, ¿lo ve usted?, eso sí lo creo.

(Entra doña Isabel con una porción de paquetes.)

ISABEL. ¿Pero qué has traído aquí?

D. ADRIÁN. Cuatro frioleras para obsequiaros.

ISABEL. Manuel va a disgustarse.

D. ADRIÁN. Manuel..., Manuel... ¿Qué le importa a Manuel? Ya debía saber que yo no soy hombre para dejarse abatir por la adversidad. Resignándose como él al empleo, al sueldecito, al tran tran de la vida encarrilada. Cierto que de otro modo se expone uno a tremendos fracasos, y más en estos tiempos tan inadecuados a las iniciativas individuales, en que todo es reglamentación, en que hay que ser por lo menos de un sindicato: tiempos de andar en rebaño... ¡Ah!... ¡Mis iniciativas!... ¡Mis empresas!... Yo he tenido ideas geniales, ideas que, aplicadas como yo las podía aplicar, al menor tropiezo se derrumban ante la mezquina realidad de unas leyes meticulosas y cicateras; pero aplicadas en grande hubieran sido otras tantas magnas empresas, de esas que engrandecen a las naciones. ¡Ah!... ¡Si yo hubiera tenido ejércitos y escuadras detrás de mí!... ¿Veis el negocio de la quiebra del marco en Alemania? A mí se me había ocurrido millares de veces. Y nada digo de la idea de lanzar un empréstito a un tipo de interés y después gravarlo con un impuesto que deje el interés reducido a la cuarta parte; ¡las veces que yo habré intentado ponerla en práctica!... Pero ya digo, sin ejércitos y sin escuadras no se convence a nadie. Bueno, ¿has terminado ya tu tarea?

JULIA. Sí, señor, sí.

D. ADRIÁN. Pues trae unos platitos, copas, vamos a tomar unas quisquillas, unos pastelitos y un sorbito de manzanilla.

ISABEL. ¡Deja, por Dios, qué cosas tienes!

D. ADRIÁN. Vaya, vaya; un reparillo no viene mal a estas horas. Vamos, vamos.

ISABEL. Sírvete tú. Julia, no sé, yo no tengo pizca de gana.

D. ADRIÁN. ¿No hay un sacacorchos?

ISABEL. Si acaso estará en tu cuarto; voy a buscarlo.

D. ADRIÁN. Deja, deja. *(Sacando una navaja de varios usos.)* Aquí hay de todo. Cuarenta usos; la compré esta mañana. Toda la mañana la he dedicado a compras.

ISABEL. Ya, ya vemos.

D. ADRIÁN. Y vosotras, ¿de veras no necesitáis nada? ¿Cómo andáis de vestuario, de calzado?

ISABEL. No te preocupes por nosotras, no necesitamos nada. Pero permíteme que te pregunte, ¿cómo es que tienes dinero?

D. ADRIÁN. Créditos a mi favor que voy cobrando; pues si a mí se me pagara todo lo que se me debe, si la gente fuera tan escrupulosa para pagar como para exigir que se le pague...

ISABEL. ¿Que te deben dinero?

D. ADRIÁN. Dinero y posición y crédito y muchas cosas en esta vida me deben muchas personas, sin contar con mi archivo de secretos, secretos de gentes muy encopetadas, que sólo con decidirme a publicarlos me darían lo que yo quisiera, sin más trabajo que no publicarlos... Pero ¿qué caras son esas?... En la cara os conozco que no tenéis en mí la menor confianza.

ISABEL. No, la verdad. Todo lo que sea aventurarse en asuntos peligrosos...

D. ADRIÁN. Pues si hubieran pensado lo mismo Cristóbal Colón, Hernán Cortés, Napoleón y todos los grandes hombres... Por fortuna, unos no tuvieron mujer y otros no la hicieron maldito el caso. ¿Por qué no habré yo nacido en los Estados Unidos? Salvo la ley seca, que me molestaría. *(Bebiendo.)*

ISABEL. Eres envidiable.

D. ADRIÁN. Optimismo, señor, optimismo. Pues digo si nos amilanara el primer contratiempo.

ESCENA III

DICHOS y CLOTILDE.

JULIA. ¡Clotilde!... ¿De vuelta tan temprano?

ISABEL. ¿Te has puesto mala? ¿Ha ocurrido algo en la tienda?

CLOTILDE. No, no. He pedido permiso. Es que... No sé cómo decírtelo. Esta mañana al ir a la tienda tuve un encuentro.

JULIA. Eloy está aquí. ¿Es eso?

CLOTILDE. Sí, eso es.

JULIA. ¡Virgen santa!...

ISABEL. Vaya por Dios.

JULIA. ¿Te ha visto él?

CLOTILDE. Sí, y hemos hablado.

JULIA. ¿Qué dice?

CLOTILDE. No quieras saberlo.

JULIA. Todavía puede que quiera tener razón. ¿Y qué piensa hacer?

CLOTILDE. No quieras saberlo tampoco. Mira, yo tenía un desasosiego, todos me lo han conocido en la tienda. «¿Qué le pasa a usted, Clotilde? Usted ha tenido algún disgusto.» No pude negarlo. Yo quería que estuvieras prevenida, porque lo mismo que le puede dar otra idea puede presentarse aquí de un momento a otro. Y dice unas cosas... No es posible que él mismo las crea, nadie puede creerlas ni de ti ni de... No quiero decirlo, no quiero decirlo.

JULIA. ¡Oh!...

ISABEL. Vamos, Julia.

D. ADRIÁN. Yo no había querido decirte nada, pero ya sabía yo que Eloy estaba en Madrid. Pero no te apures, en cuanto tenga dinero se marchará, y esta vez muy lejos, por la cuenta que le tiene. Ahora ha vuelto, porque, la verdad, le debían un dinero de cierto asunto, y es natural que reclame lo que le corresponde.

ISABEL. Bueno estará el asunto.

D. ADRIÁN. ¡Ah!..., de eso no sé nada.

CLOTILDE. Pues él dice que tú eres el que sabe por qué desapareció de Madrid y por qué ha vuelto ahora.

D. ADRIÁN. ¿Yo?... ¿Que yo sé?... ¿Quién hace caso de lo que diga Eloy? Trapisondas suyas. ¿Es qué no le conocemos?

ISABEL. Ya, ya. Y tú dirás a quién puede haber salido. Y cuidado que no te hago la injusticia de compararte con él.

D. ADRIÁN. Ni yo reniego de mis hijos. De los hijos debemos aceptarlo todo, lo bueno y lo malo, lo que nos agrada y lo que nos contraría, todo es nuestro, porque en cada uno de nuestros hijos se manifiestan las cualidades o los defectos que en nosotros existían, y que por circunstancias de la vida no han podido manifestarse en nuestra vida. Manuel, por bueno, es acaso lo que yo hubiera querido ser; Eloy, por malo, es tal vez lo que yo hubiera sido con menos inteligencia y menos voluntad; Clotilde, esta hija mía, todo lo que había de bondad en su madre, lo mejor de mi vida. De los hijos debemos aceptarlo todo, lo bueno y lo malo, la recompensa o el castigo; en ellos nos paga la vida todo el bien y todo el mal que en la vida hemos hecho. Pero no te atormentes: Eloy te dejará tranquila, yo me encargo de ello.

JULIA. Yo no quisiera que le viera Manuel.

D. ADRIÁN. Se verán y no ocurrirá nada. ¿Quién hace caso de lo que Eloy pueda decir?

ESCENA IV

DICHOS, MUÑIZ y DON BERNARDO.

MUÑIZ. ¿Dan ustedes su permiso?

D. ADRIÁN. Adelante, adelante.

D. BERNAR. A los pies de ustedes. Ustedes perdonen. La muchacha nos dijo que podíamos pasar.

D. ADRIÁN. Sí. Usted ya conoce a mi señora.

D. BERNAR. Ya tengo el gusto...

D. ADRIÁN. Mi hija, mi hija política.

MUÑIZ. Hemos venido en mala ocasión.

D. ADRIÁN. No, no; les esperaba a ustedes.

ISABEL. Nosotras les dejamos a ustedes.

JULIA. *(A Clotilde.)* ¿Y no te dijo si vendría hoy mismo?

CLOTILDE. No, no me dijo.

JULIA. Antes de que él viniera debí marcharme yo también muy lejos, donde nádie supiera de mí. *(Salen Isabel, Julia y Clotilde.)*

ESCENA V

DON ADRIÁN, MUÑIZ y DON BERNARDO.

D. ADRIÁN. Llegan ustedes a tiempo. ¿Unas quisquillas?... ¿Una copita?...

D. BERNAR. No, gracias. Yo almuerzo temprano.

D. ADRIÁN. Tú, Muñiz, tú siempre estás dispuesto.

MUÑIZ. Ya iré picando. Pues aquí, a don Bernardo, ya le he dicho...

D. BERNAR. Sí, aquí el amigo Muñiz ya me ha dicho, y le he dicho yo también... Dígale usted lo que le he dicho.

MUÑIZ. No, yo no, don Bernardo; usted, usted; eso es cosa de ustedes.

D. BERNAR. Pues aquí, Muñiz, ya sabe, tan bien como yo, la marcha que ha llevado el asunto, ya sabe la de gastos que se han originado con la desgracia de la detención de usted; usted sabe que sólo a fuerza de dinero hemos podido conseguir que nadie pareciera responsable de nada, usted sobre todo.

D. ADRIÁN. No hubiera faltado otra cosa. ¡Yo responsable! Usted dirá si el asunto estaba mal planeado cuando con todo hemos salido como hemos salido. Yo no digo que no se hayan ocasionado dispendios; con eso ya contábamos; pero, amigo don Bernardo, eso de que

usted sea el único que se lucre sin haberse tomado la menor molestia.

D. Bernar. Usted sabe bien que si el asunto se hubiera torcido el que hubiera pagado hubiera sido yo: el cheque era de mi talonario y era legítimo.

D. Adrián. Pero como usted podía probar siempre que la firma estaba falsificada y que el cheque legítimo había sido substituído por uno falso en el talonario...

D. Bernar. Lo que yo no podía probar tan fácilmente es que no había sido yo el que había hecho la substitución ni con mi consentimiento.

D. Adrián. Ya ha visto usted como ha podido probarse. Un establecimiento de crédito de importancia prefiere siempre perder dinero a que se ponga en tela de juicio la probidad o la torpeza de sus empleados. Además la cantidad era modestísima; ese mismo asunto planeado en grande... Pero no discutamos hechos consumados. ¿Muñiz le ha dicho a usted lo que yo necesito?

D. Bernar. Es una locura, amigo mío, una locura. Ya sabe usted que Eloy también nos sale ahora con nuevas exigencias.

D. Adrián. Muy naturales, puesto que el pobre muchacho fué el que más expuso, puesto que él cobró el cheque, que era lo peligroso, y ahora al volver a Madrid se expone...

D. Bernar. A nada, no hay quien sospeche de él; para todo el mundo el que cobró el cheque era un joven muy distinguido, al que se supone ya camino de América.

D. Adrián. No confiemos; todos debemos procurar que Eloy se ausente cuanto antes y para siempre; eso sólo puede conseguirse con dinero; afloje usted esas treinta mil pesetas y yo me encargo de todo.

D. Bernar. ¡Treinta mil pesetas dice usted!... Muñiz sólo me había hablado de veinte mil.

D. Adrián. Muñiz no es hombre de negocios.

Muñiz. No, por fortuna, y nunca lamentaré bastante haberme mezclado en éste por primera y última vez en mi vida.

D. ADRIÁN. Eres un pazguato. ¡Pues no tengo yo ideas para lo porvenir, ideas grandiosas! Ya hablaremos, ya. Ahora que yo contaba para mis inmensos proyectos con mi querido don Bernardo; pero ya veo que no es persona razonable.

D. BERNAR. Hombre, creo que más razonable... De esos proyectos ya hablaremos; desde luego no quisiera que fueran arriesgados, porque los sustos que yo estoy pasando.

D. ADRIÁN. No digo...

MUÑIZ. A mí descártenme ustedes de todos sus negocios. Aunque supiera... ¡Qué sé yo! Yo voy muy bien con mi marchita; mis negocios sí que son seguros y sin riesgos.

D. ADRIÁN. Espíritu de mendigo: el pedigüeñeo, la limosna, el sablazo vergonzante.

MUÑIZ. Señor, si yo voy tan ricamente. Este Madrid para eso es un paraíso.

D. ADRIÁN. Andar siempre llorando cuitas y desventuras a todo el mundo.

MUÑIZ. Nada de eso; yo no le cuento a nadie desdichas; las desdichas predisponen al mal humor y molestan a todo el mundo. Hay que pedir con alegría y por motivos alegres. A todo el mundo le halaga hacer de Providencia, sentirse el hada buena de los cuentos mágicos. Las desdichas ya sabemos que no se remedian con tres ni cuatro, y la dádiva que sabemos que ha de ser inútil a nadie satisface. En cambio, una alegría...; ¡es tan fácil proporcionar una alegría!... Por ejemplo: yo me encuentro a un parroquiano y le digo, después de los saludos de rúbrica, sobrios y oportunos: «Mi señor don fulano: ¿no faltará usted el domingo a los toros? ¡Dichoso usted! ¡Lo que yo daría por ir a esa corrida! ¡Pero a buen precio estarán los billetes! Pero vamos, ¡con la afición que yo tengo y los años que hace que yo no veo una corrida de toros! Sería mi felicidad ir el domingo a la corrida.» ¡Rara vez falla! ¿Quién se resiste a ofre-

cernos la felicidad por el precio de un billete para los toros? Otras veces, si el parroquiano va con un paquetito: «Algo bueno lleva usted ahí, le digo. Para disfrutarlo con la familia, ¡es claro! ¡Dichoso usted que puede regalarse y obsequiar a los suyos con cosas de su gusto! ¡El tiempo que hará que yo no he comido unos langostinos! ¡Con lo que me gustan a mí los langostinos! Hace un rato pasaba por casa de Morán y, ¡vamos!, mi felicidad sería comerme una ración de langostinos.» Y el parroquiano: «¡Si no es más que eso!...» ¿Quién se niega a hacer nuestra felicidad por el precio de una ración de langostinos? Y después de todo esto viene lo que yo llamo torear por las afueras, que consiste en hablar bien de todo el mundo, en decir a unos todo lo agradable que otros han dicho de ellos, y si no lo han dicho inventarlo; en ponderar delante de gente la generosidad de mis donantes: «¿Don Fulano? No le hay más espléndido.?» «¿Don Mengano? No le hay más desprendido...» A los que se les reparte un papel simpático en la vida, ya se creen obligados a representarlo siempre. Favorece para que te favorezcan, siembra flores y recogerás frutos. Dime tú, Adrián; dígame usted, mi señor don Bernardo, si no es este el negocio más seguro y más lucrativo.

D. Adrián. En efecto. Pero ya voy creyendo que don Bernardo te ha aleccionado para que desviemos la cuestión; no olvidemos nuestro asunto. Quedamos en que las treinta mil...

D. Bernar. No, don Adrián, no hablemos de eso; avengámonos a razones. Doce mil es todo lo que puedo ofrecerle.

D. Adrián. ¡Doce mil!... Le advierto a usted que no me importa volver a empezar; pero esta vez no iría yo solo.

D. Bernar. ¿Es una amenaza?

D. Adrián. No es hablar por hablar, cuando menos. Usted lo piensa y usted ya me conoce; decida usted como le convenga. Estoy en la situación más crítica de mi vida para mí y para mi familia. Piénselo usted, piénselo usted.

D. BERNAR. Pero don Adrián... Quince mil, vamos, quince mil, no hay que hablar más.

D. ADRIÁN. ¡Por Dios, quince mil!... ¡Es cosa de risa!... Eso es lo que yo le he ofrecido a Eloy, lo que él necesita, lo imprescindible, y ¿qué menos que otras quince mil para mí?... Le advierto a usted que no habrá usted puesto dinero a mejor interés en su vida, porque apenas esté todo esto solucionado hemos de emprender un negocio que, ¡vamos!, para guardarnos tres millones en menos de cinco años; ¡infalible!

MUÑIZ. No tomo acciones.

D. BERNAR. Pero si Muñiz sabe que yo no dispongo más que de una miseria.

D. ADRIÁN. Vamos, don Bernardo, que es usted miserable, ya lo sabemos; pero que está usted en la miseria...

D. BERNAR. ¿No lo sabes tú, Muñiz? Tú sabes cómo vivo.

D. ADRIÁN. Eso, aunque tuviera usted todos los millones del mundo viviría usted lo mismo. Vamos, vamos, me molesta discutir cuando tengo razón. Tiene usted de hoy a mañana para decidirse. Eloy no puede estar aquí; yo también tengo que dejar esta casa con mi mujer y con mi suegra; necesito ese dinero, lo necesito, ¿lo oye usted?, y si no mañana mismo al Juzgado otra vez, y que allí nos aclaren a todos las cuentas, que la de usted ya sabe usted que no es la más clara.

D. BERNAR. ¿Sería usted capaz?

D. ADRIÁN. De todo, debía usted saberlo, de todo.

D. BERNAR. Es que tampoco a mí me conoce usted.

D. ADRIÁN. Pues a conocernos todos.

D. BERNAR. Como usted quiera.

MUÑIZ. ¡Adrián!... ¡Señores!...

ESCENA VI

Dichos y MANUEL, que ha aparecido un momento antes en la puerta y ha oído el final de la disputa.

D. Adrián. *(Viendo a Manuel.)* ¡Silencio!... ¡Hola Manuel!
Manuel. Supongo que estos señores ya se despedían.
D. Adrián. Sí, ya se habían despedido.
D. Bernar. Muy señor mío...
D. Adrián. *(Aparte a Muñiz.)* Esta noche ya sabes, donde siempre.
Muñiz. Descuida.
D. Adrián. Y no le dejes de la mano.
Muñiz. Descuida. Hasta luego. *(Salen Muñiz y don Bernardo.)*

ESCENA VII

DON ADRIÁN y MANUEL.

Manuel. ¿Qué te había dicho?... ¿Qué te había pedido por lo que más quisieras?... ¿Qué gente es ésa? Aún no has escarmentado, aún no hemos concluído... Tú no sabes que la vida es para mí imposible; tú no sabes que hoy mismo me ha llamado el jefe del personal a su despacho y sin decirme nada me ha dicho tanto, que si yo estuviera solo en el mundo, hubiera salido de allí para no volver más, hubiera ido a esconderme donde nadie supiera quién soy ni el nombre que llevo. Saben que estás aquí; saben, deben saber qué gente es esta que viene a visitarte; tus cómplices en ese asunto vergonzoso, que, por lo visto, aún no habéis solucionado. Al llegar oí que disputabais, oí... No, no es posible; hoy mismo, sea como sea, seré yo quien salga de esta casa; tú dirás quién debe venir comigo;

yo no abandono a nadie de los que están aquí a mi amparo, a nadie; tú dirás. Pero juntos no, no es posible. Además, presiento que el día menos pensado caerá sobre todos la pesadumbre de algo imborrable, de algo espantoso.

D. ADRIÁN. Manuel, no dirás que no te he escuchado con paciencia. Has olvidado que soy tu padre.

MANUEL. ¡Qué más quisiera yo que poder olvidarlo!

D. ADRIÁN. Y porque no lo olvidas me insultas, me crees capaz de todo, a mí, a tu padre.

MANUEL. Palabras no. «Soy tu padre. ¡Olvidas que soy tu padre!» No; padre no es nada; las palabras no son nada si no responden a un sentimiento; y a ¿qué sentimiento de padre puede responder en mí esa palabra? ¿Qué te debo? ¡La vida!

D. ADRIÁN. Me debes, con la vida, el derecho que te adjudicas ahora de insultarme desde lo alto de tu honradez; tu honradez, que antes de ahora te he dicho que acaso sea obra mía más que tuya.

MANUEL. Sin duda, gracias a tu ejemplo, y es posible que así sea; al horror de no parecerme a ti nunca; gracias a haber presenciado desde niño el martirio en que vivió mi madre a tu lado un día y otro.

D. ADRIÁN. ¡Mientes!... ¡Mientes!... Yo no fuí malo para tu pobre madre; yo no he sido malo para vosotros; no puedes decirlo, no te consiento que lo digas.

MANUEL. Sí, ya sé; dirás, como siempre, para tu disculpa, que todo lo malo que has hecho ha sido por nosotros, por querernos demasiado. ¿No es eso? Conozco la disculpa. ¿Por qué no supiste comprender que mi madre y yo, y todos tus hijos, hubiéramos preferido morirnos de hambre a morirnos de vergüenza, como murió mi madre? Y el que no ha sentido nunca esa vergüenza, tu Eloy, tu hijo... Ése sí, ése es tu verdadero hijo; ése no se morirá de vergüenza, porque en presidio no se muere de vergüenza cuando por no tenerla se ha ido a parar allí. Tú crees que yo no sé que Eloy está aquí y a lo que ha venido, y lo que

dice de mí y de Julia, de esa infeliz mujer... ¡El miserable!... ¡El miserable!...

ESCENA VIII

Dichos y ELOY, que aparece en la puerta con traje como de chófer.

Manuel. *(Viéndole.)* ¡Ah!... De ti hablaba... ¿Has oído?

Eloy. No. ¿Qué hay?

D. Adrián. Es tu hermano.

Manuel. ¡Hermano!... Otra palabra... ¿Qué hay, digo yo?... ¿A qué has venido?

Eloy. ¡Qué pregunta! Por mi mujer y por mi hijo. ¿Vas a negarme ese derecho?

Manuel. No. Falta que ella quiera ir contigo.

Eloy. Ya sé que si fuera cuestión de preferencias, seguiría en esta casa. A mí no me conviene; no creo que a ella tampoco, si lo piensa, porque ya debe saber lo que dicen.

Manuel. ¿Qué?... ¿Quién?... ¿Quién lo dice?... Tú, ¿verdad?... ¡Eres un canalla!... *(Abalanzándose sobre él.)*

Eloy. *(Disponiéndose a defenderse.)* ¡Manuel!...

D. Adrián. ¡Eloy!... ¡Quieto!... ¡Quieto he dicho!... Ven conmigo. Vamos, tenemos que hablar. *(A Manuel.)* No le digas nada a Julia. De éste yo me encargo, no tengas cuidado. Esta fiera se amansa, es mejor hijo que tú.

Manuel. Más hijo, ¿no es eso?

D. Adrián. Eso. Pero si tú supieras... Ya verás, ya verás tú quién es más hijo... Vamos... Vamos... *(Salen don Adrián y Eloy.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores. Es de día.

ESCENA I

CLOTILDE y ELOY.

CLOTILDE. Te digo que no está, que ha salido.

ELOY. ¿Es que no vamos a poder hablar nunca?

CLOTILDE. ¿Para qué vais a hablar? ¿Tú crees que Julia puede oírte los disparates que tú has pensado y que tú mismo no puedes creer?... No los crees ni de ella ni de Manuel.

ELOY. Ya, ¡el santo de la casa! Como ella, ella también muy santa y muy buena; pero por eso no dejarán de ser una mujer y un hombre, y... ¡Vamos, sabré yo lo que es vivir juntos un día y otro una mujer y un hombre!

CLOTILDE. Sí, tú sabes mucho. Lo que no has merecido tú nunca es tener una mujer como Julia.

ELOY. Será muy buena para los demás; para mí no lo ha sido. Ella tiene la culpa de todo lo que me sucede.

CLOTILDE. ¡Calla!... ¡Calla!...

ELOY. Si hubiera querido venir conmigo cuando nos contrataban para Barcelona, no hubiera necesitado yo buscar una compañera. A los dos nos daban doce duros diarios.

CLOTILDE. ¡Calla!... ¡Calla!... Vergüenza debía darte proponer a tu mujer semejante cosa.

ELOY. Sería el primer matrimonio de artistas que se ganan la vida juntos.

CLOTILDE. ¡Artistas!... ¡Bailar en un cabaret!... ¿Tú crees que Julia podía consentirlo?

ELOY. Pues que no se queje si yo tengo que ganarme la vida por mi lado.

CLOTILDE. Mira, Eloy: Lo mejor que puedes hacer, lo único bueno que harías en tu vida, es dejar a Julia tranquila con su hijo y marcharte lo más lejos posible.

ELOY. No deseo otra cosa; en cuanto me den lo que necesito me marcharé yo solo y para siempre. Que me dé el padre dinero, que me lo dé Manuel, y asunto concluído: no volvéis a verme por Madrid, ni puede que por España. ¡Pues no tengo yo ganas de correr mundo!

CLOTILDE. ¿Qué dinero va a darte nuestro padre? Y Manuel mucho menos.

ELOY. Pues ellos verán... El padre ya sabe de dónde sacar dinero.

CLOTILDE. No sé que me da oírte.

ELOY. ¡Caray!... ¡Qué delicados andáis todos del oído en esta casa! Oír, no queréis oír nada; pero ver lo que estáis viendo, eso no os importa a ninguno.

CLOTILDE. ¿Lo que estamos viendo, dices? ¿Pero qué estamos viendo?

ELOY. Estáis viendo que Julia y Manuel se entienden.

CLOTILDE. ¡Mentira!... ¡Mentira!...

ELOY. Sí, no saben cómo deshacerse de mí. Yo sé que Manuel ha querido denunciarme porque él está muy creído que yo tengo un asunto pendiente que me compromete.

CLOTILDE. ¡Qué cosas dices!

ELOY. Lo sé, lo sé. No saben cómo deshacerse de mí para quedarse a sus anchas. Pues por mí ya lo saben.

CLOTILDE. ¿Pero no te avergüenzas tú mismo de oírte?

ESCENA II

Dichos y DON ADRIÁN.

D. Adrián. ¿Qué dice este loco?
Clotilde. ¡Qué ha de decir!
Eloy. Este loco dice lo que dicen los locos: verdades. Por eso se asustan.
D. Adrián. Y tienen razón; sobre todo tu hermana, que no tiene para qué oírte. Anda, anda, déjame con él. A éste no le entiende nadie más que yo. *(Sale Clotilde.)*

ESCENA III

DON ADRIÁN y ELOY.

D. Adrián. ¿Por qué has vuelto? ¿No te dije que me esperaras con Muñiz?
Eloy. Quería hablar con Julia; yo necesito saber si es que ella no me quiere ya de ninguna de las maneras.
D. Adrián. ¿Es que te importa?
Eloy. Importarme, nada.
D. Adrián. ¿Entonces?...
Eloy. Es que necesito saber a qué atenerme.
D. Adrián. Pues ya sabes a qué atenerte; a que a ti no te importa. ¿Para qué más averiguaciones?
Eloy. Usted sabe como yo que ella y Manuel...
D. Adrián. De ella y de Manuel no sé nada, ni quiero saberlo; de ella y de ti sé lo bastante para procurar, como procuro, que nos dejes tranquilos a todos lo antes posible.
Eloy. ¡Ya!... Estorbo.
D. Adrián. Tú dirás si te conviene pasear por Madrid, ni nos conviene a nadie.

ELOY. Pues en manos de ustedes está. ¿Qué dice ese hombre?

D. ADRIÁN. Ese hombre, está muy duro de pelar; no hay quien le eche la vista encima; en su casa no hay quien entre; tiene miedo, te tiene miedo.

ELOY. ¿A mí?... Pues a mí me han dicho que a quien tiene miedo es a ti.

D. ADRIÁN. Muñiz me ha dicho que anoche, si no hubiese sido por él, salió de su casa decidido a presentarse al Juzgado; claro que en cuanto pensó lo que se le vendría encima... Después pensó en venir a hablar con Manuel y contárselo todo.

ELOY. ¿A Manuel qué le importa? Y de hablar con Manuel, ¿qué iba a sacar en limpio?

D. ADRIÁN. Eso no; más vale que no hable. Para qué va a saber Manuel... Una cosa es que se figure y otra es que sepa.

ELOY. ¿Pero es que tú tienes miedo a Manuel? ¿Tú crees que Manuel sería capaz de denunciarnos?... A mí, no digo... ¿Pero a ti?

D. ADRIÁN. No sé... No sé...

ELOY. Sí lo sabes; tienes miedo. ¿Es que por deshacerse de mí sería capaz?... ¿Qué es lo que está dispuesto a dar don Bernardo? Porque yo quisiera marcharme hoy mismo.

D. ADRIÁN. Don Bernardo, ya lo sabes, las quince mil. Se ha emperrado en las quince mil, y eso no puede ser, no puede ser.

ELOY. ¿Será verdad, como dice Muñiz, qué siempre lleva el dinero encima?

D. ADRIÁN. Cualquiera sabe. No lo creo. Claro que ahora no lo tiene en el Banco; en cuanto pudo retiró toda su cuenta corriente; de eso sí estoy seguro. Pero aunque lo llevara encima o lo tuviera escondido en su casa, no hay que pensar locuras; eso no, las violencias son muy peligrosas y rara vez dan buen resultado. Yo aún espero convencerle... Todo lo que se pueda obtener por razones... Muñiz quedó en avisarme... Calla, me parece oírle.

ESCENA IV

Dichos y MUÑIZ.

D. Adrián. ¡Qué hay!

Muñiz. Me he retrasado un poco, pero no he perdido el tiempo. Me atrevería a asegurar... Es decir, cualquiera está seguro con ese hombre, que cuando uno cree tenerlo más sujeto se te escurre como una anguila; pero en fin, esta vez me parece..., creo que al fin...

D. Adrián. ¿Se ha convencido?

Muñiz. Convencido no es la palabra; acobardado, eso sí, muy acobardado. Aunque yo no os crea ni a ti ni a Eloy capaces de lo que él os cree, comprenderás que no he hecho nada por desengañarle, al contrario. Él ha pensado en todo; pero avisar al Juzgado o a la Policía ya sabe lo que significa: desempolvar el asunto, enredarse todo de nuevo... Buscar la protección de tu hijo Manuel..., eso sí ha podido ocurrírsele; pero sin dejar de comprender que si la cosa no pasaba de un disgusto de familia no conseguiría nada, y si trascendía más allá de la familia sería para caer también en la trampa del Juzgado, para enredarlo todo otra vez, y..., etcétera, etcétera.

D. Adrián. ¿En resumidas cuentas...?

Muñiz. Que quiere hablar contigo; ahora que sólo consiente en que sea aquí, en esta casa; sólo aquí se cree seguro.

D. Adrián. ¿Aquí?... Lo malo es si Manuel se entera o vuelve cuando esté aquí.

Muñiz. Ya se lo he dicho; pero dice que eso quisiera él, que Manuel estuviera presente, que esa es su única seguridad. ¡Tiene un miedo!... Yo creo que llegará a las veinte mil; ahora, a mí me consta que lleva encima las treinta mil; eso sí, dispuesto a defenderlas céntimo a céntimo, y repartidos los billetes grandes y pe-

queños por todos los bolsillos, contrabolsillos, forros y contraforros; yo creo que hasta entre las botas y los calcetines.

D. ADRIÁN. ¡Repugnante avaricia!... ¿Para qué necesitará ese hombre el dinero?... ¿Y cuándo quiere que hablemos?

MUÑIZ. Hoy mismo; ahora mismo si quieres; en el café de Platerías me espera: allí quedó con unos clientes suyos firmando unos pagarés.

D. ADRIÁN. ¡Despreciable usura!... ¡Para eso quiere ese hombre el dinero!... Yo siempre he sido un hombre de orden, pero no puede negarse que en el bolcheviquismo hay un fondo de justicia... Pues ve a buscarle, ve a buscarle. Que vaya Eloy contigo; tomad un taxi, no conviene que os vean callejear. Si Manuel vuelve antes yo le diré que no había otro medio ni otro sitio para hablar con ese hombre, y si se disgusta, ¡qué le vamos a hacer!..., que se disguste. *(Salen Eloy y Muñiz.)*

ESCENA V

DON ADRIÁN queda solo un momento, y después CLOTILDE.

CLOTILDE. ¿Se ha ido Eloy?

D. ADRIÁN. Sí. ¿No se ha visto con Julia?

CLOTILDE. Julia ha salido con Isabel.

D. ADRIÁN. ¿Isabel ha salido?... ¡Qué extraño!

CLOTILDE. Sí; ha querido acompañar a Julia. Julia ha encontrado por fin una colocación.

D. ADRIÁN. ¿Una colocación?...

CLOTILDE. Sí; de señorita de compañía.

D. ADRIÁN. ¡Vamos, sí! Ponerse a servir; de criada.

CLOTILDE. No; de señorita de compañía, con una señora viuda con una hija. La hija está muy delicada. Es gente muy buena. Tienen casa en Madrid, pero ahora viven en un hotel en la Dehesa de la Villa. Julia está

muy contenta. Hoy iba a ultimarlo todo, y allá fué con Isabel, que no ha querido que fuera sola.

D. ADRIÁN. ¿Y Manuel sabe?...

CLOTILDE. Sí; lo sabe.

D. ADRIÁN. ¿Y qué ha dicho?

CLOTILDE. Le parece muy bien. Es el primero en comprender que Julia no debe estar aquí más tiempo; lo mismo qué va diciendo Eloy porqué le conviene, pueden pensarlo los demás aunque no les importe.

D. ADRIÁN. Muy bien. ¿Y del chico? ¿Qué piensa hacer Julia del chico? Porque supongo que en la casa no la admitirán con una criatura.

CLOTILDE. El niño se quedará aquí con nosotros, con Manuel y conmigo, y muy contentos, porque le hemos tomado tanto cariño... Lo que falta es que Eloy no quiera desbaratarlo todo, que no se empeñe en que Julia se vaya con él. Tú puedes convencerle.

ESCENA VI

DICHOS y MANUEL.

D. ADRIÁN. ¡Hola, Manuel! Muy temprano vienes.

MANUEL. Sí; hoy no había mucho que hacer. Ya sé que Isabel y Julia han salido.

CLOTILDE. Sí; ya sabes, han ido a casa de esa señora.

D. ADRIÁN. Ya me ha dicho tu hermana que Julia ha encontrado una colocación. Supongo que tú te habrás informado bien si es una colocación decorosa.

MANUEL. Yo estoy seguro de que lo es. ¿Crees que de otro modo saldría Julia de esta casa? Ahora, yo no sé si estaremos de acuerdo en lo que es decoroso.

D. ADRIÁN. No pierdes ocasión de zaherirme. Está bien... Está bien.

MANUEL. ¿Has vuelto a ver a Eloy?

D. ADRIÁN. Sí; le he visto, hemos hablado. Quería hablar con Julia.

MANUEL. ¿Para qué?

D. ADRIÁN. Eso le he dicho yo. En medio de todo está muy razonable, muy convencido de que debe marcharse y no pensar en su mujer por ahora. Digo por ahora, porque los años pasan; con los años viene la reflexión, y quién sabe si dentro de algunos años no llegará un día en que vuelvan a unirse, y hasta puede que sean muy felices. ¿Tú no lo crees?

MANUEL. Sin creerlo, lo deseo tanto, con toda mi alma, que por todos los medios he de procurar siempre que si ese día llega, nada irreparable pueda interponerse entre el perdón del uno y el arrepentimiento del otro.

D. ADRIÁN. Y aunque los dos tuvieran mutuamente que perdonarse, quizás la reconciliación sería más fácil.

MANUEL. Mal haría Julia en abdicar nunca de lo que debe ser siempre el más noble orgullo para una mujer, por mucho que la hayan ofendido, poder perdonar siempre sin tener por qué arrepentirse.

D. ADRIÁN. Está visto que ni pensando en tu felicidad podemos pensar lo mismo.

MANUEL. ¡Ya!... ¿En qué felicidad habías pensado para mí? ¿Lo mismo que ha pensado Eloy? Que Julia y yo nos queremos, ¿no es eso?

CLOTILDE. ¿Quién puede pensarlo?

MANUEL. No; si es verdad, nos queremos; pero nos queremos como debemos querernos, como debemos querernos. Ya ves, ella saldrá de esta casa y me deja su hijo, que ya no tendrá más padre que yo; no puede darme mayor prueba de seguridad en mi cariño. Ella sabe muy bien que al llamar hijo mío a su hijo, nunca podrá ese hijo saber que por mi culpa pudo su madre dejar de ser honrada.

D. ADRIÁN. *(Emocionado.)* Sí, Manuel, sí. Siempre tienes razón.

CLOTILDE. ¿Lloras?

D. ADRIÁN. ¡Señales de vejez! ¡Por nada se llenan los ojos de lágrimas! ¡Cómo entender que, avergonzándome de ser tu padre, me sienta orgulloso de que seas mi hijo! *(Abrazando a Manuel.)*

ESCENA VII

DICHOS, JULIA e ISABEL.

ISABEL. Así me gusta veros: abrazados. Si siempre hicieras caso de Manuel otra cosa sería de ti y de todos nosotros. Muchas veces en la vida debieran trocarse los papeles y los hijos ser padres de los padres. *(A Clotilde.)* Y mi madre, ¿ha estado tranquila?

CLOTILDE. Sí.

ISABEL. ¿Ha tomado algo?

CLOTILDE. No, eso no; no he podido conseguir que tomara nada.

ISABEL. Voy a ver. *(Sale.)*

ESCENA VIII

DICHOS, menos ISABEL.

CLOTILDE. *(A Julia.)* No, no vayas; si está dormidito.

D. ADRIÁN. Ya me han dicho que has encontrado una colocación.

JULIA. Sí. Estoy contentísima; ya le dirá a usted Isabel, que ha hablado con esas señoras y viene prendada de su trato tan sencillo y tan afectuoso. Con nada mejor podía yo soñar.

D. ADRIÁN. Más vale así.

JULIA. Ahora sólo falta que Eloy no se oponga, que no se obstine en llevarme con él. Yo bien sé que podría separarme de él judicialmente: ¡hay tantos motivos, y algunos tan graves, tan indignos!... Y por si algo faltaba, atreverse a calumniarme ahora; suponer... ¡No, no! ¡Todo antes que verme obligada a vivir con él! ¡Defiéndanme ustedes; defiéndeme tú, Manuel, por mi hijo, por la memoria de tu madre!...

MANUEL. Sí, yo sé bien cómo defenderte; yo sé bien cómo te

libraría de él; pero contra sus amenazas de llevarte consigo, que él podría cumplir, bien sabe él que nada valen mis amenazas, que, de cumplirlas, no caerían sólo sobre él.

JULIA. Eso no.

D. ADRIÁN. ¿Sobre mí, quieres decir? Yo estoy muy tranquilo; mi inocencia está bien probada. Como nunca has querido oírme, como nunca has querido que te explicara a lo que se ha limitado mi intervención en este desdichado asunto...

MANUEL. Sí, es verdad; no he querido que me explicaras nada. El asunto, como tú dices, estaba muy bien planeado; cuantos han intervenido en él han podido eludir su responsabilidad. La justicia humana se detiene temerosa cuando las pruebas materiales no son evidentes; pero valga por lo que valga la advertencia, no creáis que el asunto está terminado; un establecimiento de crédito no se deja estafar impunemente; las pruebas que faltaron para condenar se buscan todavía, lo sé. En esa clase de asuntos, más peligro que en la hora de la ejecución hay en la hora del reparto, y a esa hora habéis llegado.

D. ADRIÁN. Por lo que a mí se refiere, no hay tal reparto; hay que yo me vi comprometido sin razón y sin motivo en ese asunto, y es muy justo que pretenda una indemnización; indemnización, esa es la palabra.

MANUEL. Sí, ya voy teniendo práctica en vuestro vocabulario.

D. ADRIÁN. Pues bien: voy a hablarte con claridad, prescindiendo de mi vocabulario; de ese reparto, como tú dices, depende que Eloy pueda marcharse y que yo pueda marcharme también a rehacer mi vida; para ello es preciso que yo hable con don Bernardo, y don Bernardo sólo quiere hablar conmigo en esta casa; como sé cuánto te disgusta esa clase de visitas te suplico que accedas a ello; es la última vez.

MANUEL. ¡La última vez!... ¿Y por qué ha de ser en esta casa?

D. ADRIÁN. Rarezas de ese hombre.

MANUEL. ¡Ya!... Miedo, tal vez muy justificado.

D. ADRIÁN. ¿Miedo? No sé a qué.

MANUEL. De cualquier modo vendré a ser cómplice vuestro.

D. ADRIÁN. ¿Cómplice?... ¡Válgame Dios!... ¡Esa palabra ya es de tu vocabulario! Consentir en que yo reciba aquí una visita no es ninguna complicidad. Por mí todo es lo mismo; yo ni amenazo ni temo, pero Eloy... Piensa que si hoy mismo no tiene ese dinero, y cree que el no tenerlo es por culpa nuestra, se llevará a Julia con su hijo.

JULIA. ¡Dios mío!... *(A Clotilde.)* Dile a Manuel que no lo consienta.

CLOTILDE. No tengas miedo.

JULIA. Tú no sabes de lo que Eloy sería capaz por vengarse.

MANUEL. Sí, lo sé; le conozco bien. No irás con él, no irás, te lo aseguro. *(Sale Manuel.)*

ESCENA IX

DICHOS, menos MANUEL. Entran ISABEL y DOÑA FELISA.

ISABEL. Vamos, madre. *(Doña Felisa se separa de ella.)* Doña Felisa, vamos... ¿No es triste verme privada de llamarla madre?... ¿Que sea a mí a quién más extraña y a quién menos conoce?... Clotilde, hija mía, arregla un poco el cuarto de mi madre, y perdona.

CLOTILDE. ¡Por Dios, Isabel!

JULIA. Voy a ayudarte.

ISABEL. Allí he dejado la ropa limpia. *(Salen Clotilde y Julia.)*

ESCENA X

DON ADRIÁN, ISABEL y DOÑA FELISA.

ISABEL. Vamos, siéntese usted. Aquí tiene usted al marqués.

D.ª FELISA. Sí, el marqués. *(A don Adrián.)* ¿Usted sabe por

qué esta señora se empeña en llamarme madre? ¿Es que ha perdido a su madre y yo se la recuerdo? Si es por eso dejaré que me llame madre y yo la llamaré hija.

D. ADRIÁN. Sí, llámela usted hija siempre; será un consuelo para ella.

D.ª FELISA. ¡Hija, hija! Yo no tengo más que una hija, María Isabel, mi María Isabel, que se casó muy bien. ¿Usted no conoce a su marido? Don Adrián García de los Cobos, un caballero, un perfecto caballero. Siempre está viajando, porque mi yerno es hombre de negocios; está llamado a ser riquísimo, ya lo es; mi hija tiene un capital en alhajas que él la ha regalado: una diadema que fué de la emperatriz Eugenia. Quisiera que conociera usted a mi yerno: un caballero, un hombre inteligentísimo, incapaz de una mala acción. Don Adrián García de los Cobos; habrá usted oído hablar de él, de seguro.

D. ADRIÁN. Sí, doña Felisa, pero nunca como ahora. Yo conozco a un don Adrián García de los Cobos, pero ¡quién sabe si ese de que usted habla no es el más verdadero, el que debía ser, el que él hubiera querido ser!... ¡Isabel..., mi Isabel!, ¿verdad que tú me has perdonado?

ISABEL. ¿No lo sabes?

D. ADRIÁN. Sí, mi Isabel, y con cuánta generosidad: sin una queja, sin un reproche.

D.ª FELISA. ¿Por qué llama usted Isabel a esta señora? ¿De verdad se llama como mi hija, Isabel? ¿Se llama usted Isabel?

ISABEL. Sí; Isabel, como su hija

D.ª FELISA. Lo que siento es que voy a estar aquí poco tiempo; yo siempre estoy viajando. ¡Es tan agradable viajar! Ahora no sé adónde iré; tengo que pensarlo; pero me iré pronto... Desde que se casó mi hija no tengo quietud en ninguna parte... El caso es que lo más sencillo sería ir a reunirme con ella, a buscarla, pero me da miedo... ¡Qué tontería!... Me da miedo... Me pa-

rece que si voy en su busca no voy a encontrarla, que cuando yo llegue ya estará ella muy lejos... Además es mejor figurarse la felicidad que tenerla.

D. ADRIÁN. ¿Quién lo duda?

D.ª FELISA. Yo nunca he sido tan feliz como ahora, y es porque viajo siempre.

D. ADRIÁN. ¡Quién pudiera viajar como usted por todos esos países, a los que se va siempre y no se llega nunca!

ESCENA XI

DICHOS y MUÑIZ.

MUÑIZ. ¡Señoras!...

D. ADRIÁN. ¡Hola, Muñiz!

ISABEL. *(A Adrián.)* ¡Adrián, por Dios!

D. ADRIÁN. No te asustes, he contado con Manuel. *(A Muñiz.)* ¿Qué hay?

MUÑIZ. Don Bernardo está ahí. ¿Puede pasar?

D. ADRIÁN. Sí, sí, que pase. *(Sale Muñiz.)*

ISABEL. ¿No se disgustará Manuel?

D. ADRIÁN. Ya lo sabe; estamos de acuerdo.

ESCENA XII

DICHOS, DON BERNARDO y ELOY.

D. ADRIÁN. ¡Adelante, adelante!

D. BERNAR. A los pies de ustedes.

D.ª FELISA. ¿Viajeros?... Ya me dijeron que ahora es cuando empezaba a venir la gente distinguida.

ISABEL. Sí, muy buena gente. Vamos, madre, venga usted a su habitación; esta habitación es de estos señores.

D.ª FELISA. ¿Pero de veras cree usted que soy su madre?

ISABEL. Sí, como si lo fuera usted. ¡Yo he querido tanto a mi madre!...

D.ª FELISA. Como una madre no hay nada. ¡Yo quiero tanto a mi hija!... *(Salen Isabel y Doña Felisa.)*

ESCENA XIII

DON ADRIÁN, MUÑIZ, DON BERNARDO y ELOY.

D. ADRIÁN. Siéntese usted, siéntese usted. Parece que viene usted muy fatigado.

D. BERNAR. No ando bien... Llevo unos días... Son tantos disgustos...

D. ADRIÁN. ¡Vaya! Disgustos los que usted se toma. No hay por qué disgustarse.

D. BERNAR. Si le parece a usted.

D. ADRIÁN. *(A Muñiz.)* ¿Qué dice?

MUÑIZ. Con ahogos y sudores de muerte le traigo. ¡Eso de soltar su dinero!...

D. ADRIÁN. ¡Su dinero! *(A Don Bernardo.)* Bien, don Bernardo, bien. ¿No quería usted que nos viéramos?

D. BERNAR. Ya sabe aquí Muñiz que yo no deseaba otra cosa para terminar de una vez este enojoso asunto.

D. ADRIÁN. ¡Bravo! Así me gusta oírle a usted: para terminar de una vez. Y ya que está usted en tan buena disposición, no quiero alarmarle, pero hoy mismo es preciso terminar de una vez. Hay malas noticias: se nos acecha, se nos persigue; conviene que hoy sea la última vez que nos juntemos. Usted tiene la palabra.

D. BERNAR. Ya lo sabe usted, ya lo sabe el amigo Muñiz: a su disposición pongo las veinte mil.

D. ADRIÁN. Don Bernardo, así no acabaremos nunca.

D. BERNAR. Le advierto que si no se conforman ustedes, ni eso ni nada; no se trata de ninguna deuda que conste en ningún documento.

D. ADRIÁN. Usted sabe que entre personas decentes no hay deudas más sagradas que las que no constan en ningún documento.

D. BERNAR. Entre personas decentes...

D. ADRIÁN. Yo he creído siempre que usted lo era; en esa confianza he tratado siempre con usted y me he com-

prometido por usted. Si yo hubiera sabido que de lo que se trataba era de engañarnos unos a otros... Comprenda usted que de ese modo no hay negocio posible... En fin, don Bernardo, Eloy y yo tenemos que marcharnos de Madrid hoy mismo, mañana a más tardar; no me ponga usted en el disparadero. Ya ve usted que no dejo hablar a mi hijo, porque se dejaría llevar de su juventud irreflexiva, y usted sabe si le sobran razones para pedir lo que tiene muy bien ganado. A mí no me ciega el cariño de padre.

D. Bernar. Las veinte mil, y no se hable más.

D. Adrián. No, don Bernardo, no. Usted sabe que no es posible.

D. Bernar. Veintidós, vamos, veintidós, y es mi última palabra.

D. Adrián. ¡Por vida!... ¡Miserable avariento!...

Eloy. Guárdelo usted todo; tiraremos por la calle de en medio. Para mí aún hay mucha vida por delante, y en presidio no siempre se pierde el tiempo; ahora que no iría yo solo.

D. Bernar. ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Me ahogo!...

Muñiz. ¿Qué pasa?... ¡Don Bernardo!... ¡Don Bernardo!...

D. Adrián. ¿Qué es?

Muñiz. Que este hombre se nos muere.

D. Adrián. No hay que pensarlo siquiera. Eso nos faltaría.

Muñiz. ¿Tú entiendes de pulso?... ¡Don Bernardo!... Convendría avisar a un médico o sacarle de aquí cuanto antes, llevarle a su casa.

D. Adrián. No, así no; ¿cómo vamos a llevárnosle así? ¡Y avisar a un médico!... Se le pasará, será un vahido.

Muñiz. Me da mucho miedo.

Eloy. Sea lo que sea, antes que venga nadie. *(Le registra los bolsillos.)* La cartera. *(Sacándole la cartera.)*

D. Adrián. ¡Eloy!... ¿Qué haces?... ¡Eso no!...

Eloy. Deja, ¿no la traía para nosotros? ¡Es nuestro!... ¡Ahí va, billetes!... ¡Cuenta!... *(Tirando a su padre un manojo de billetes, mirando la cartera.)* No hay más.

Muñiz. Él siempre lleva una bolsita en el pecho como un escapulario.

Eloy. *(Registrándole.)* Sí, aquí está. Hay que cortar la cin-

ta. *(Saca una navajita, y al cortar la cinta, don Bernardo vuelve en sí y sujeta a Eloy con fuerza.)*

D. BERNAR. ¡Eh!... ¿Qué haces, ladrón?... ¡Suelta!... ¡Suelta digo!...

MUÑIZ. *(A don Adrián.)* ¡Mano de santo!... Aunque hubiera estado muerto...

D. BERNAR. ¡Suelta!...

ELOY. ¿Qué cree usted?... Iba a desabrocharle para que respirara.

D. BERNAR. *(Registrándose.)* ¡Me han robado!... ¡Me han robado!... *(Gritando.)* ¡Aquí, Manuel!... ¡Manuel!...

D. ADRIÁN. Calle usted, hombre.

D. BERNAR. ¡Manuel!... ¡Manuel!...

ELOY. ¡Si no calla usted!... *(Le sujeta, y al forcejear con él le tira al suelo.)*

ESCENA XIV

DICHOS, MANUEL, ISABEL, JULIA y CLOTILDE.

MANUEL. ¿Qué es esto?

ISABEL. ¡Dios mío!... ¿Adrián, qué ha pasado aquí?

CLOTILDE. ¡Manuel!... ¡Manuel, por Dios!...

ELOY. *(A Julia.)* ¡Vaya!... Por fin nos vemos. No deseaba otra cosa.

JULIA. ¡Manuel!...

D. BERNAR. *(A Manuel.)* Ya lo ve usted; me han robado, me han robado en su casa. Usted sabrá lo que tiene que hacer.

ELOY. Él nada; yo salir de aquí ahora mismo con mi mujer y con mi hijo.

JULIA. ¡Manuel!...

MANUEL. Fuera de aquí vosotras las mujeres; dejadnos.

ISABEL. ¡Por Dios, Manuel!... *(A don Adrián.)* Adrián, ¿qué habéis hecho?.. ¡Qué vergüenza, señor, qué vergüenza!

MANUEL. ¡Salid os digo! *(Salen Isabel, Julia y Clotilde.)*

ESCENA XV

DON ADRIÁN, MANUEL, DON BERNARDO, MUÑIZ y ELOY.

ELOY. *(A don Bernardo.)* Ya ha conseguido usted lo que buscaba.

D. BERNAR. *(A Manuel.)* Supongo que usted no consentirá que en esta casa, que es su casa de usted oficialmente, aunque en ella viva su padre de usted, en esta casa adonde yo he venido confiado porque usted estaba en ella, se me atropelle de este modo, se me haya robado... ¡Robado!...

ELOY. Cobrado lo que usted debía.

D. BERNAR. Aquí sólo tu hermano tiene autoridad para hablar; él ha visto lo sucedido, él lo sabe.

MANUEL. Sí, lo sé; lo he visto.

D. BERNAR. Entonces usted dirá si no tengo razón.

MANUEL. Puestos en razón, ¿no cree usted que sólo tendría razón el que corriera ahora mismo a denunciarles a ustedes, a todos? ¿Que eso sería lo único que estaría en razón y sería justicia?... Lo demás, ¿qué importa?... ¡Son ustedes todos iguales! ¿Quién podía aquí robar a quién?

ELOY. *(A don Bernardo.)* Ya lo oye usted.

D. BERNAR. Sí, ya oigo; era cuanto me quedaba que oír. ¿De modo que usted consiente?...

MANUEL. No consiento nada. Le aconsejo a usted que salga de esta casa.

D. BERNAR. ¿Así, robado?... ¿Salir así de esta casa?

MANUEL. Si no quiere usted salir con todos, todos, de otra manera.

D. BERNAR. ¡Ah!... ¿También usted amenaza?...

D. ADRIÁN. ¿Usted creía que Manuel iba a darle a usted la razón? Demasiado sabe...

MANUEL. Sí, demasiado lo sé; ya lo ha oído usted. Salga usted... Salga usted...

D. BERNAR. ¡Ah!... ¿Usted también es su cómplice? ¿Ha sido una

encerrona? ¡Usted, del que todos decían que era la víctima en esta casa por honrado, la única persona decente de esta casa!... ¿Usted era el honrado?... ¡Usted, tan ladrón como ellos!...

MANUEL. Sí, lo mismo. ¿No lo sabía usted? ¡Somos de una familia!... ¡La sangre puede más que todo!... ¿Podía usted dudarlo?

D. ADRIÁN. ¡Manuel!... *(A Muñiz.)* Me asusta.

D. BERNAR. Está bien. Ya tienen ustedes todo lo que pedían; supongo que ya no exigirán nada más.

D. ADRIÁN. ¿Por quién nos ha tomado usted? Pedíamos lo nuestro, lo razonable. Ya ve usted cómo el mismo Manuel lo ha comprendido así.

D. BERNAR. Ya lo veo, ya he visto bastante. ¡Dichosa la hora en que me metieron ustedes en este asunto!

D. ADRIÁN. No se queje usted; ya volverá usted a buscarme.

D. BERNAR. Con usted, ni a coger monedas de cinco duros.

D. ADRIÁN. Demasiado sabe usted que para eso no iba yo a convidarle. Serénese usted, don Bernardo; haga usted sus cuentas y verá usted cómo el negocio no ha sido tan malo.

D. BERNAR. Mi satisfacción será que he de verles a ustedes en presidio.

D. ADRIÁN. De ir nosotros, claro está que sería una injusticia que no le viéramos a usted allí. *(Sale don Bernardo.)*

ESCENA XVI

MANUEL, DON ADRIÁN, ELOY y MUÑIZ.

MANUEL. ¿Ya estáis contentos? Ya he sido vuestro cómplice; todos iguales. Abrázame, padre, abrázame; ya soy tu hijo, tan hijo como ése.

D. ADRIÁN. ¡Manuel!... ¡Manuel!...

ELOY. Este es mi dinero... Este es el tuyo. *(Dándole unos billetes a su padre.)* ¡Cuenta!

D. ADRIÁN. ¿Crees tú que yo soy tan desconfiado como don

Bernardo? Déjalo ahí. *(Eloy deja el dinero sobre una mesa.)* ¿Te irás hoy mismo?

ELOY. Claro está.

MANUEL. Sí, sal de aquí pronto; que yo no te vea, que no te oiga.

ELOY. Tanto tengo yo que perdonar como tú.

MANUEL. ¿Tú a mí perdonarme?

ELOY. Bueno, bueno, para qué vamos a discutir; no hemos de volver a vernos. Quisiera ver al chico antes de irme.

D. ADRIÁN. Si es para que nosotros creamos que eres un padre cariñoso...

ELOY. No es por vosotros, ni por nadie. Yo quiero al muchacho. ¡Porque uno sea como sea no voy a quererle! Tampoco tú has sido un santo, digo yo, y no has dejado de querernos por eso.

D. ADRIÁN. Es verdad. Entra. *(Sale Eloy.)* Nunca somos tan malos ni tan buenos como nos creen ni como nosotros nos creemos.

MUÑIZ. *(A don Adrián.)* Bien ha estado Manuel, bien ha estado. No tendrás queja. Supongo que me tendrás presente en tus oraciones. Ya sabes cómo ando del reuma; una temporadita en Alhama me sentaría muy bien.

D. ADRIÁN. Enfermedades y desgracias no, Muñiz.

MUÑIZ. Es verdad, no me acordaba. Mi felicidad sería pasarme este verano un mesecito en San Sebastián.

D. ADRIÁN. ¡Ah!... Eso sí. Toma. *(Le da un billete.)*

MUÑIZ. Ya ves que no soy ambicioso. *(Entra Eloy.)*

ELOY. Está hermoso el muchacho; ya se ve que no le ha faltado nada.

D. ADRIÁN. Está emocionado. ¡Eloy, hijo!... *(Eloy abraza a su padre y después se acerca a Manuel.)*

ELOY. Manuel, tú serás para el chico mejor padre que yo. Me voy contento, y más ahora, que he visto que eres bueno.

MANUEL. ¡Que soy bueno!... ¡Lo dices tú!... Mi conciencia no podía decirme más.

ELOY. De Julia es mejor no despedirme.

D. ADRIÁN. Sí, es mejor. Adiós, hijo. *(Sale Eloy.)* ¡Isabel!... ¡Isabel!...

ESCENA XVII

DICHOS e ISABEL.

ISABEL. ¿Qué quieres? *(Acercándose a Manuel.)* Manuel, ¿qué ha sucedido? Dime tú la verdad.

MANUEL. Nada, nada.

D. ADRIÁN. Isabel, gracias a Dios y a mi hijo Manuel...

MANUEL. No, a mí no.

D. ADRIÁN. Mañana nos iremos de aquí. Arregla nuestro equipaje.

ISABEL. Sí, sí. No sé lo que será de nosotros; me iré con sentimiento de esta casa, pero al menos te dejaremos tranquilo. ¡Pobre Manuel! ¡Que ha sido tan bueno para todos!... *(Sale Isabel.)*

MUÑIZ. *(A don Adrián.)* Si no mandas otra cosa.

D. ADRIÁN. Nada, Muñiz, nada. Que consueles a ese hombre, que le cuides.

MUÑIZ. Una enfermedad sí le cuesta. *(Sale Muñiz.)*

ESCENA XVIII

DON ADRIÁN y MANUEL.

D. ADRIÁN. Manuel, yo no sé cómo decirte... En estos tiempos tan calamitosos para mí has tenido a tu cargo a Isabel y a su madre, a Julia con el chico; yo sé lo que ganas, comprendo los apuros que habrás pasado; yo quisiera compensarte de alguna manera. *(Poniéndole el dinero por delante.)* Todo está a tu disposición.

MANUEL. ¡Oh!... ¡No, eso no!... ¡Ese dinero no!... No tan cómplice. Tú sabes que si lo he sido...

D. ADRIÁN. Sí, ¿qué vas a decirme?... Ha sido por ella, porque la quieres. ¿Por qué vas a negarlo? La quieres, y si ella te quiere también... Tenéis derecho a ser felices.

MANUEL. ¿Lo ves?... Tú lo decías: ni tratándose de mi felicidad podemos pensar lo mismo.

ESCENA XIX

DICHOS, JULIA y CLOTILDE.

JULIA. Manuel, yo también saldré mañana de esta casa.

CLOTILDE. Mañana estaremos solos Manuel y yo con tu hijo. *(A Manuel.)* Nuestro hijo, ¿verdad?

JULIA. Sí, vuestro... Pero enseñarle a quererme mucho. Voy también a recoger mi ropa, quiero irme mañana muy temprano. Ven conmigo. *(Salen Julia y Clotilde.)*

(Durante la escena siguiente se ve a doña Isabel en la habitación del foro arreglando su ropa, y Clotilde y Julia pasan también por el foro con ropas y equipajes.)

ESCENA XX

DON ADRIÁN y MANUEL.

D. ADRIÁN. No estés triste, Manuel; no estés pesaroso de nada.

MANUEL. Hoy me quieres más que nunca, ¿verdad?

D. ADRIÁN. Creo que sí.

MANUEL. Hoy nos hemos parecido en algo.

D. ADRIÁN. No; yo no quiero que te parezcas a mí, ni por lo que has hecho puedes parecerte. No te pese, Manuel, no te pese. Ni para el bien ni para el mal nos consiente la vida trazar nuestro camino en línea recta, inflexible. La vida derriba de un manotazo nuestros mejores propósitos cuando más orgullosos estamos de cumplirlos. No debemos poner orgullo en nada. Bondad, honradez parecen lo mismo; pero la vida nos dice en sus lecciones que, alguna vez, por ser bueno, hay que dejar de ser honrado.

FIN DE LA COMEDIA

CATÁLOGO

DE LAS

OBRAS ESTRENADAS Y PUBLICADAS

DE

D. Jacinto Benavente.

El nido ajeno, comedia en tres actos.
Gente conocida, comedia en cuatro actos.
El marido de la Téllez, comedia en un acto.
De alivio, monólogo.
Don Juan, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La Farándula, comedia en dos actos.
La comida de las fieras, comedia en cuatro actos.
Cuento de amor, comedia en tres actos.
Operación quirúrgica, comedia en un acto.
Despedida cruel, comedia en un acto.
La gata de Angora, comedia en cuatro actos.
Por la herida, drama en un acto.
Modas, sainete en un acto.
Lo cursi, comedia en tres actos.
Sin querer, boceto en un acto.
Sacrificios, drama en tres actos.
La Gobernadora, comedia en tres actos.
Amor de amar, comedia en dos actos.
El primo Román, comedia en tres actos.

¡Libertad!, comedia en tres actos. (Traducción.)
El tren de los maridos, comedia en dos actos.
Alma triunfante, comedia en tres actos.
El automóvil, comedia en dos actos.
La noche del sábado, comedia en cinco cuadros.
Los favoritos, comedia en un acto.
El hombrecito, comedia en tres actos.
Por qué se ama, comedia en un acto.
Al natural, comedia en dos actos.
La casa de la dicha, comedia en un acto.
El dragón de fuego, drama en tres actos.
Richelieu, drama en cinco actos. (Traducción.)
Mademoiselle de Belle-Isle, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La princesa Bebé, comedia en cuatro actos.
«No fumadores», chascarrillo en un acto.
Rosas de otoño, comedia en tres actos.
Buena boda, comedia en tres actos. (Traducción.)
El susto de la Condesa, diálogo.
Cuento inmoral, monólogo.
Manón Lescaut, drama en seis actos.
Los malhechores del bien, comedia en dos actos.
Las cigarras hormigas, juguete cómico en tres actos.
El encanto de una hora, diálogo.
Más fuerte que el amor, drama en cuatro actos.
El amor asusta, comedia en un acto.
Los Buhos, comedia en tres actos.
La historia de Otelo, boceto de comedia en un acto.
Los ojos de los muertos, drama en tres actos.
Abuela y nieta, diálogo.
Los intereses creados, comedia de polichinelas en dos actos.
Señora ama, comedia en tres actos.
El marido de su viuda, comedia en un acto.
La fuerza bruta, comedia en un acto y dos cuadros.
Por las nubes, comedia en dos actos.
La escuela de las princesas, comedia en tres actos.

El Príncipe que todo lo aprendió en los libros, comedia en dos actos.

Ganarse la vida, juguete en un acto.

El nietecito, entremés.

La señorita se aburre, comedia en un acto.

La losa de los sueños, comedia en dos actos.

La Malquerida, drama en tres actos.

El Destino manda, drama en dos actos.

El collar de estrellas, comedia en cuatro actos.

La propia estimación, comedia en tres actos.

Campo de armiño, comedia en tres actos.

La túnica amarilla, leyenda china en tres actos. (Traducción.)

La ciudad alegre y confiada, comedia en un prólogo y tres cuadros. (Segunda parte de *Los intereses creados.)*

De pequeñas causas, boceto de comedia en un acto.

El mal que nos hacen, comedia en tres actos.

De cerca, comedia en un acto.

Los cachorros, comedia en tres actos.

Mefistófela, comedia-opereta en tres actos.

La Inmaculada de los Dolores, novela escénica en cinco cuadros.

La ley de los hijos, comedia en tres actos.

Por ser con todos leal, ser para todos traidor, drama en tres actos.

La Vestal de Occidente, drama en cuatro actos.

La honra de los hombres, comedia en dos actos.

El Audaz, adaptación escénica en cinco actos.

La Cenicienta, comedia de magia en un prólogo y tres actos.

Una señora, novela escénica en tres actos.

Una pobre mujer, drama en tres actos.

Más allá de la muerte, drama en tres actos.

Por qué se quitó Juan de la bebida, monólogo.

Lecciones de buen amor, comedia en tres actos.

Un par de botas, comedia en un acto.

La otra honra, comedia en tres actos.

La virtud sospechosa, comedia en tres actos.

Nadie sabe lo que quiere o el bailarín y el trabajador, humorada en tres actos.

Alfilerazos, comedia en tres actos.

Los nuevos yernos, comedia en tres actos.

La mariposa que voló sobre el mar, comedia en tres actos.

El hijo de Polichinela, comedia en un prólogo y tres actos.

ZARZUELAS

Teatro feminista, un acto, música de Barbero.

Viaje de instrucción, un acto, música de Vives.

La Sobresalienta, un acto, música de Chapí.

La copa encantada, un acto, música de Lleó.

Todos somos unos, un acto, música de Lleó.

La fuerza bruta, dos actos, música de Chaves.

Precio: **2,50** pesetas